

DC 201
75
1846
V. 17



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

LIBRO CINCUENTA Y UNO.

La invasion.

Desorganizacion del ejército francés á su llegada junto al Rhin.—Apuros de nuestras tropas en Italia y en España.—Operaciones del príncipe Eugenio en el Friuli durante el otoño de 1813, y su retirada sobre el Adige.—Operaciones del mariscal Soult en Navarra, y sus esfuerzos infructuosos para salvar á San Sebastian y á Pamplona.—Su retirada sobre el Nive y el Adur.—Retirada del mariscal Suchet sobre Cataluña.—Deplorable situacion de Francia, donde todo estaba prevenido para la conquista y nada para la defensa.—Sublevacion de los ánimos contra Napoleon por no haber celebrado la paz despues de las victorias de Lutzen y de Bautzen.—Ignorancia de esta situacion por parte de los aliados.—Espantados á la sola idea de cruzar el Rhin, piensan en hacer nuevas proposiciones de paz.—El emperador Francisco y Mr. de Metternich son los que mas propenden á transigir.—Causas de sus disposiciones pacificas.—Mr. de Saint-Aignan, ministro de Francia en Weimar, y residente en Francfort por entonces, es comisionado para marchar á Paris y ofrecerá Napoleon la paz sobre la base de las fronteras naturales de Francia.—Partida inmediata de Mr. de Saint-Aignan para su destino.—Recibimiento que se le hace.—Temeroso Napoleon de debilitarse, si muestra gran prisa por aceptar las proposiciones de Francfort, admite la reunion de un congreso en Mannheim, sin entrar en explicaciones acerca de las bases de pacificacion propuestas.—Primeras atenciones de Napoleon despues de su regreso á Paris.—Irritacion del público en con-

tra de Mr. de Bassano, por acusársele de alentador de la política de la guerra.—Su reemplazo por Mr. de Caulaincourt.—Algunos otros cambios menos importantes en el personal administrativo.—Alistamiento de seiscientos mil hombres, y resolución de añadir algunos céntimos de recargo á todas las contribuciones.—Convocacion inmediata del Senado para someter á su deliberacion el alistamiento de hombres y el recargo de tributos, providenciados por simple decreto.—Uso que se propone hacer Napoleón de los recursos puestos á disposicion suya.—Espera Napoleón que abraza de poder lanzar á la coalicion mas allá del Rhin, si le da lugar á prepararse durante el invierno.—Sus providencias para conservar la Holanda y la Italia.—Negociacion secreta con Fernando VII. y oferta de restituirle la libertad y el trono, á condicion de que haga cesar la guerra y de que arroje del territorio español á los ingleses.—Tratado de Valanzey.—Embajada del duque de San Carlos para hacer aceptable este tratado á los españoles.—Conducta de Murat.—Su abatimiento cambiado muy pronto en la ambicion de llegar á ser rey de Italia.—Su doble manejo en Viena y en Paris.—Demanda á Napoleón que le abandone la Italia.—Indignado Napoleón le quiere expresar en el primer arranque sus sentimientos, y por fin se limita á no responderle.—Mientras Napoleón se ocupa en sus aprestos, poco pagado Mr. de Metternich de la respuesta evasiva, dada á las proposiciones de Franfort, pide explicaciones formales sobre el asunto.—Al cabo se decide Napoleón á aceptarlas, consistente en negociar sobre la base de las fronteras naturales, y reitera la oferta de un congreso en Manheim.—Por desgracia, en el discurso de un mes perdido, todo ha mudado en los consejos de la coalicion de semblante.—Estado interior de la coalicion.—Un partido violento, á cuya cabeza se hallan los prusianos, querria dar impulso á la guerra á muerte, derribar á Napoleón del trono, y reducir á Francia á sus fronteras de 1790.—Este partido desapruueba las proposiciones de Franfort sin rebozo.—Alejandro halaga á todos los partidos con el objeto de dominarlos.—Inglaterra apoyaria en sus miras pacíficas á Austria, si un suceso reciente no la estimulara á la continuacion de la guerra.—Con efecto, al aproximarse los ejércitos aliados, se ha sublevado Holanda, y Bélgica amenaza imitar este ejemplo.—Desde entonces, esperanzada Inglaterra de quitar la ciudad de Amberes á Francia, se decide por la continuacion de la guerra y por el paso del Rhin al punto.—Austria, por su parte, á impulsos de la esperanza de recuperar la Italia, se adhiere al cabo á las miras de Inglaterra y consiente en la prosecucion de las hostilidades.—Se renuncia á las proposiciones de Franfort, y se contesta á Mr. de Caulaincourt que se comunicará á las potencias aliadas su aceptacion tardía de las bases propuestas, si bien se evita entrar en explicaciones sobre la continuacion de la guerra.—Fuerzas de que disponen las potencias para el caso de emprender nuevamente y de seguida las operaciones.—Para los primeros movimientos cuentan con doscientos veinte mil hombres, que deben elevar á seiscientos mil

para la primavera.—Se lisonjean de que en la actualidad no tendrá Napoleón cien mil que oponerles.—Planes diversos para el paso del Rhin.—Los prusianos quieren marchar sobre Metz y Paris en derechura; por el contrario los austriacos piensan remontar hácia Suiza, para operar una contrarrevolucion en sus cantones, y aislar á Italia de Francia.—Prevalece el plan de los austriacos.—Paso del Rhin por Basilea el 21 de diciembre de 1813, y revolucion en Suiza.—Marcha de la coalicion hacia el Este de Francia.—Llegada del grande ejército aliado á Langres y del mariscal Blücher á Nancy.—Sorprendido Napoleón de esta invasion repentina, ya no quiere pensar en los vastos aprestos que al principio habia proyectado, y se halla casi reducido á las fuerzas que le quedaban á fines de 1813.—Sobre Paris replega los depósitos de los regimientos, y hace que ingresen presurosamente en sus filas los conscritos sacados del centro y del oeste de Francia.—Crea en Paris talleres extraordinarios para el equipo de los nuevos reclutas, y con estos forma divisiones de reserva y divisiones de Joven Guardia.—Napoleón manda que cada uno de los mariscales Soult y Suchet le envíe un destacamento de su ejército, y dirige el del mariscal Suchet á Lion y el del mariscal Soult á Paris.—Napoleón destina primeramente la Vieja Guardia á las órdenes de Mortier á Langres, la Joven á las de Ney á Epinal, y despues ordena que los mariscales Victor, Marmont y Macdonald se repleguen con los restos de los ejércitos de Alemania sobre los mariscales Ney y Mortier en las cercanías de Chalons, donde trata de incorporárseles con las tropas organizadas en Paris.—Antes de salir de la capital, junta Napoleón el Cuerpo legislativo.—Comunicaciones á éste y al Senado.—Espíritu de estas asambleas.—Deseo del Cuerpo legislativo de averiguar lo que ha pasado en las últimas negociaciones.—Comunicaciones hechas á este cuerpo.—Informe de Mr. de Lainé sobre dichas comunicaciones.—Prorogacion del Cuerpo legislativo.—Violentos cargos dirigidos por Napoleón á los miembros de esta asamblea.—Tentativa para reanudar las negociaciones de Franfort.—Embajada de Mr. de Caulaincourt á las avanzadas de los ejércitos aliados.—Respuesta evasiva de Mr. de Metternich, que, sin explicarse acerca del reanudamiento de las negociaciones, declara que se espera á lord Castlereagh, en camino para el cuartel general de los aliados por entonces.—Últimas providencias de Napoleón al dejar á Paris.—Su despedida de su esposa y de su hijo, á quienes ya no habia de ver nunca.

Napoleón acababa de traer al ejército francés junto al Rhin en el estado más lastimoso. De cuarenta mil hombres se hallaba reducida á diez mil la Guardia. Reunidos á las órdenes del general

Morand y en un solo cuerpo, los de Oudinot (12.^o), de Reynier (7.^o) de Augereau (16.^o), de Bertrand (4.^o), no contaban doce mil combatientes el día de su entrada en Maguncia, cuya defensa tenían á cargo. Tampoco presentaban mas de ocho mil soldados sobre las armas los cuerpos de Marmont y de Ney (6.^o y 3.^o) destinados bajo el mariscal Marmont á guardar el Rhin desde Manheim hasta Coblentza. A lo sumo reuniria el segundo cuerpo del mando del mariscal Victor como cinco mil hombres para cubrir el alto Rhin desde Basilea á Estrasburgo. Juntos á las órdenes del mariscal Macdonald su cuerpo y el de Lauriston (11.^o y 5.^o) y dirigidos hácia el bajo Rhin solo disponian de unos nueve mil hombres útiles para disputar desde Coblentza á Arnheim el curso de este grande rio. Mal montada ó á pie la caballería francesa, formada en cuatro cuerpos, no hubiera podido allegar en estado de combatir ni diez mil ginetes. Los polacos, reducidos casi á la nada, habian sido enviados á Sedan, donde se hallaba su depósito, por si lograban allí rehacerse. Finalmente, repasaba la frontera en pequeñas bandas una porcion de rezagados, sin armas, sin vestidos, y trayendo los gérmenes del tifus, que comunicaban á todos los paises donde hacian alto. Casi era una segunda retirada de Rusia, con la diferencia de que aun quedaban alrededor de setenta mil combatientes sobre las armas, y de que, en vez de retirarnos sobre la Alemania exasperada, nos retiráramos á Francia, donde al fin teníamos la patria, bien que agotada y alligida. Con efecto, el desastre de Moscou habia podido parecer no más que un accidente, grande como nuestro destino; pero la

campana de 1813 sobre la de 1812 testificaba el abandono definitivo de la fortuna, y la ruina de un sistema que tenia en su contra el interés á la par que el buen sentido de las naciones civilizadas, y que el génio más vasto no bastaba yá á sostener contra la fuerza de las cosas.

Si tal era la situacion donde Napoleon habia mandado, no tenia mas carácter de satisfactoria en otras partes, no habiendo alcanzado mejor ventura sus lugartenientes asi en Italia como en España.

El príncipe Eugenio, encargado de la defensa de los Alpes Julianos, con echar mano de los antiguos cuadros del ejército de Italia, y con hacer ingresar en ellos á los conscritos del Piamonte, de Toscana, de Provenza y del Delfinado, habia llegado á proporcionarse cincuenta mil soldados, en vez de los ochenta mil que debia juntar á tenor de sus instrucciones. Seis divisiones de infantería habia formado y una de caballería, jóvenes en soldados, bien que veteranas en oficiales, y con su ayuda esmeróse en guardar el Drave y el Save desde Willach hasta Laybach, cubriendo por su izquierda el Tirol y por su derecha la Carniola. Despues de mantenerse durante los meses de agosto, setiembre y octubre sobre una linea tan dilatada, siempre en espera de los napolitanos, que no acababan de llegar nunca, vió aparecer á los austriacos en masa por las avenidas de la Carintia, mermar su ejército con la desercion de los croatas y de los italianos, y sucesivamente replegóse primero sobre el Isonzo y despues sobre el Talliamento. Aún hizo su posición más difícil la defección de Baviera, como que abria todos los pasos del Tirol á su izquierda, y deseoso de cubrir á la vez á Ve-

rona y á Trieste no tuvo mas arbitrio que el de dividir su ejército en dos cuerpos. Sobre Basano envió al general Grenier con quince mil hombres, mientras á la cabeza de veinte mil y maniobrando entre el Talliamento y el Piava se esforzaba por cubrir el Friuli y Venecia. No otra cosa que el estudio de las campañas del general Bonaparte le habia inspirado la idea de enviar al general Grenier al valle de Basano, pues remontándolo éste podia caer sobre el flanco de los austriacos, interin el general Gislenga con algunos miles de hombres trataba de contenerlos de frente entre Roveredo y Trento. Pero no basta con apropiarse las ideas de los capitanes famosos, menester seria copiar igualmente su puntualidad y energia en la manera de ejecutarlas; porque, vacilando el general Grenier de continuo, habia perdido un tiempo precioso, y no disponiendo el príncipe Eugenio más que de veinte mil hombres para resistir á la columna de austriacos procedente de Laibach, temió ser repelido sobre el Adige, esto es detrás de la abertura del valle de Basano, lo cual le separara del general Grenier por completo. Asi llamó á éste para replegarse definitivamente sobre Verona; y de resultas abandonó á los austriacos la Carniola, el Friuli, el Tirolo italiano, conservando solamente las plazas, esto es, Osopo, Palma-Nova y Venecia. Tanto la necesidad de dejar algunas guarniciones en estas fortalezas importantes como la desercion redujeron sus fuerzas á treinta y seis mil hombres de tropas activas, á la par que los generales contrarios, Hillier y Bellegarde, contaban setenta mil, sin incluir los insurreccionados tiroleses.

Ya concentrado el príncipe Eugenio sobre el

Adige, volvió á cobrar confianza, y cayendo sobre los austriacos, ora á la izquierda hácia Roveredo, ora de frente hácia Caldiero, les mató ó cogió de siete á ocho mil hombres en diversos combates. De este modo llegó á imponer respeto, mas teniendo detrás á Italia, desviada por resultas de los padecimientos de la guerra de nosotros, excitada á la revuelta por el clero, no movida por Murat de ninguna suerte á que nos tornara á mirar de buen ojo, muy de dudar era que se pudiera sostener mucho. No podia responder mas que de su fidelidad acrisolada. ¡Tan solo de la suya! Apesar de ser de origen francés todas las córtes de Italia, el desastre de Leipsick las habia consternado y conmovido fuertemente. Casado con una princesa bávara el príncipe Eugenio, segun es sabido, su suegro le envió un oficial para enterarle de los motivos imperiosos que habian separado á Baviera de Francia, y ofrecerle en nombre de la coalicion un principado en Italia, si consentia en abandonar la causa de Napoleon. Mas, sin embargo de poner dolorosamente el pensamiento en su esposa y sus hijos, á quienes amaba sobremanera y temia ver privados muy luego de todo patrimonio, respondió que, debiendo á Napoleon toda su fortuna, mal podia abandonarle, y que reducido quizá antes de mucho á buscar en Munich un asilo, cierto estaba de que el rey de Baviera estimaria mas acoger allí á un yerno sin corona que á un yerno sin honor. Despues de tan digna respuesta se limitó el príncipe Eugenio á trasmitir á Napoleon la relacion exacta de esta entrevista.

Aun fué mas triste que en Italia el fin del año 1813 en España. Se recordará que, honda-

mente irritado Napoleon contra su hermano José y contra el mariscal Jourdan á consecuencia de la batalla de Vitoria, encargó al mariscal Soult que partiera á restablecer en España nuestros asuntos, invistiéndole con la categoría de lugarteniente del emperador para que su autoridad fuera más imponente. Volviendo allí el mariscal Soult, de cuyos altercados con el rey José se hace memoria, autorizado para prender á este príncipe en el caso de oponer resistencia, experimentó una satisfacción de orgullo, que debía expiar bien pronto y por desdicha de nuestras armas. En una orden del día, injuriosa para José y para el mariscal Jourdan, achacó nuestros infortunios en España, no á las circunstancias, sino á la incapacidad y á la falta de aliento de sus predecesores en el mando, no previendo que de este modo se privaba de toda excusa para lo que le debía acontecer muy en breve. Sin tardanza entró en el ejercicio de sus funciones y se ocupó en reorganizar las tropas. En vez de dejarlas distribuidas en ejércitos de Andalucía, del Centro, de Portugal y del Norte, lo cual ofrecía graves inconvenientes, las formó en simples divisiones, á cuya cabeza puso muy buenos gefes, bastante numerosos en este ejército, que por su constitucion robusta habia resistido á todos los desastres. Despues de repartirlo en diez divisiones, de reserva una de ellas tan solo, fió al general Reille la derecha, al general conde de Erlon el centro y al general Clausei la izquierda. Habiendo conseguido este último llegar á Zaragoza, por un milagro de valor y de presencia de ánimo, despues de la batalla de Vitoria, se metió en Francia por Jaca, y vino á incorporarse al mariscal Soult

á la cabeza de quince mil hombres. Sin duda que tal movimiento presentaba el inconveniente de dejar al descubierto á Zaragoza, mas ofrecia la ventaja de concentrar nuestras fuerzas contra los ingleses, enemigos los mas formidables en España, y lícito era á mayor abundamiento esperar algun resultado, si se hacia buen uso de estas fuerzas aun muy considerables. Bajo el aspecto de las cualidades militares no tenia rival este ejército, y menos despues de las pérdidas sufridas en Rusia y en Alemania. A la sazón eran los soldados mas valientes, los mas aguerridos, los mas avezados á la fatiga de toda Europa. Pero al propio tiempo, y segun dejamos ya dicho, se hallaban con gran despecho y disgusto al verse durante seis años sacrificados, no solo á una empresa funesta, sino á la ineptitud y á la rivalidad de sus caudillos. Con una inmensa confianza en sí propios, ninguna tenian en sus generales, excepto en Reille y Clausei para ser exactos, y solo esperaban ser batidos. Esta falta de confianza en sus gefes acabó por destruir la disciplina, ya harto relajada de resultas de la miseria. Acostumbrados á que no se les alimentara nunca, á vivir no mas que de lo que arrebataban á una poblacion á quien aborrecian y de la cual eran aborrecidos, se consideraban dueños de todo aquello á que podian echar mano, y aun vueltos á Francia no era probable que mudasen mucho de modo de pensar, sino se cambiaba su modo de vivir. Andrajosos, curtidos por el sol, irritados, arrogantes, con oficiales al frente mas dignos de lástima que ellos, y que no se atrevian á enseñar sus vestidos hechos girones, presentaban el espectáculo mas repugnante, el de bravos

soldados en lucha con el vicio y con la miseria. Un gran general, que se captara su confianza, y de nuevo les condujera á la victoria, de positivo les transformara en el primer ejército del mundo.

De miedo de desorganizar las únicas provincias, donde la guerra de España no habia sido desastrosa, no quiso Napoleon retirar de Aragon al mariscal Suchet, y eligió á Soult por la razon ya manifestada. Este mariscal de gran renombre, aunque menor en España donde habia servido que en otras partes, no era acogido por el ejército con plena confianza. Sin embargo podia reparar mucho. Se las tenia que haber con un enemigo temible, como el ejército anglo-portugués, compuesto de cuarenta y cinco mil ingleses y de quince mil portugueses envalentonados por consecuencia de sus victorias, y ademas treinta ó cuarenta mil españoles, los mejores soldados de su patria. Muy en lo posible cabia que setenta mil franceses hicieran cara á este ejército mas numeroso que el nuestro, aun cuando inferior en calidad, si se exceptúan los ingleses.

Aun despues de la batalla de Vitoria titubeaba lord Wellington acerca de penetrar en Francia; y así trataba de asediar á San Sebastian y á Pamplona, mas bien para tener un pretesto de contemporarizar que para adquirir estos dos puntos, á pesar de que bien valian la pena de un asedio. Para proteger esta doble empresa contra nuevas operaciones ofensivas de los franceses, distribuyó muy hábilmente sus tropas, y superó en todo lo posible la dificultad del terreno. Segun es sabido, San Sebastian está situado á la orilla del mar, cerca de la embocadura del Bidasoa y á la extremidad del va-

lle del Bastan: por el contrario Pamplona, capital de Navarra, se halla al respaldo de este valle y en la cuenca del Ebro. Lord Wellington puso el sitio de San Sebastian á cargo del ejército español de Freire, apoyado por una division portuguesa y dos divisiones inglesas. Naturalmente cerca del mar y al extremo del valle de Bastan era la posicion de estas tropas. A los alrededores de San Estéban, en el mismo centro del valle del Bastan, se encontraban tres divisiones inglesas, prontas á descender á San Sebastian, ó á remontar el valle, para caer sobre Navarra en auxilio de otras divisiones inglesas que cubrian el sitio de Pamplona, confiado á las tropas españolas del general Morillo. Con tal distribucion de fuerzas creia el general inglés estar en aptitud de hacer frente á los sucesos que sobreviniesen y cualquiera que fuese su clase. Sin embargo, no es cierto que pudiera proveer á todo si se le atacara con velocidad y sigilo; y así es que no vivia sin zozobra, y se guardaba con exquisita vigilancia.

El ejército francés se hallaba escalonado en el valle de San Juan de Pié de Puerto, que sirve de cuenca al Nive y corre hácia el mar casi paralelamente al valle del Bastan. San Juan de Pié de Puerto, que cierra el famoso desfiladero de Roncesvalles, es la plaza importante de la cuenca superior del Nive, así como Bayona, situada en la confluencia del Nive y el Adur, es el punto principal hácia el mar. Con probabilidades casi iguales se podia desembocar de este valle para caer sobre la columna que sitiaba á San Sebastian, ó sobre la que asediaba á Pamplona, á tal de que se operara de modo que se precaviera la concentracion de las

fuerzas enemigas. Algunas razones habia mas en favor del ataque á San Sebastian, ante todo porque estaba mas apretado, y tambien porque el camino era mejor y mas corto, pues no habia más que dirigirse allá por Irun en derechura, á la par que, para ir á Pamplona, se necesitaba remontar todo el valle de San Juan de Pié de Puerto y atravesar el desfiladero de Roncesvalles. Por lo demás se podia adoptar cualquiera de los dos planes, pero de todos modos urgía obrar con puntualidad y prontitud suma, si se anhelaba salir bien y alejar del territorio francés al enemigo próximo á pisarlo.

A la cabeza de casi todo su ejército se puso en marcha el mariscal Soult el 24 de julio, dejando delante de Bayona al general Villatte con la division de reserva, y llevándose cerca de ochenta bocas de fuego sacadas del arsenal de Bayona, y cuyos tiros de caballos procedian de los que se pudieron salvar en el desastre de Vitoria. Ya el 25 desembozó en el alto valle del Bastan con el cuerpo del general de Erlon, y con los de los generales Reille y Clausel en el valle de Roncesvalles. No tuvieron que esforzarse estos mucho en arrollar hácia Pamplona á la division portuguesa y á las dos divisiones inglesas que guardaban la entrada de Navarra; pero, para penetrar en el Bastan el conde de Erlon, se hubo de empeñar sobremanera contra el general Hill en forzar el puerto de Moya. Al cabo salió con la empresa, no sin perder dos mil hombres y disminuir en tres mil al contrario. Todo ocurriera á maravilla, si al dia siguiente 26, se lograra atraer de pronto al conde de Erlon para incorporarle á los generales Reille y Clausel hácia

nuestra extrema derecha; mas fué necesario perder la jornada completa en conseguir este resultado, lo cual patentizaba que se habia cometido la falta de no desembocar todos juntos por el desfiladero de Roncesvalles, para caer improvisamente sobre las divisiones inglesas desparramadas á la entrada de Navarra. Cuando la mañana del 27 logró el conde de Erlon unirse á los generales Clausel y Reille sobre nuestra derecha, ya los ingleses ocupaban una fuerte posicion delante de Pamplona, en número de cuatro divisiones, dos inglesas, una portuguesa y otra española, y en uno de aquellos terrenos donde siempre habíamos sacado poca ventaja de atacarlos. Además se les iban á incorporar desde el valle del Bastan otras dos divisiones á marchas forzadas. Efectivamente, avisado á tiempo lord Wellington de nuestra aproximacion la noche del 25, aprovechó el dia 26, que perdimos nosotros, y así pudo llevar del Bastan á Navarra su tropa. Interin se le juntaban todas las divisiones, ya tenia cuatro perfectamente apercebidas á la defensa. Por el voto del general Clausel, en quien andaban en competencia el golpe de vista y el enérgico temple, no convenia embestir de frente la posicion de los ingleses, sino rebasarla encaminándose hácia Pamplona. No participando el mariscal Soult de este dictámen, casi de frente se atacó un formidable puesto, y como en Vimeiro, en Talavera, en la Albuera y en Salamanca, vino á resultar que matamos al enemigo mucha gente, que perdimos casi otra tanta, y que nos quedamos al pie de sus posiciones sin haberlas tomado. Renovóse el 28 de julio el combate sin mejor suceso, como que los ingleses no cesaron de reforzarse del un dia al

otro, y el 29 fué preciso tornar de Navarra á Francia, despues de perder como unos diez ó doce mil hombres y de matar ó herir en el espacio de cuatro dias mas de doce mil al enemigo. Pero las pérdidas no eran tan sensibles para lord Wellington como para nosotros, que nos hallábamos al cabo de nuestros recursos, á la par que él se hallaba distantísimo de este caso. Las tropas se mostraron mas briosas que nunca, y si no lograron el triunfo tampoco salieron fallidas sus esperanzas, pues tiempo hacia ya que no aguardaban la cosa mas leve, ni de la habilidad de sus caudillos, ni de los favores de la fortuna. Reincidentes muy luego en su indisciplina y en su desprecio á los generales, se desbandaron en parte para vivir á expensas de los campesinos franceses. Asi la desercion igualó muy pronto nuestras pérdidas á las del enemigo, y cada una de las dos huestes contaba de menos en las filas de trece á catorce mil hombres. Por desgracia, la interrupcion causada á los dos asedios habia sido de duracion escasa, y limitándose desde entonces lord Wellington á permanecer delante de Pamplona, sus principales esfuerzos dirigidos contra San Sebastian, donde el general Rey sostenia con dos mil y quinientos hombres un sitio memorable, como que tres veces habia repelido á los ingleses del pié de la brecha, tras de causarles pérdidas enormes.

Conmovido el ejército por el heroismo de la guarnicion de San Sebastian quiso ir en su ayuda, á pesar de no estar bien parado, y vuelto el mariscal Soult á la posicion de Bayona, hizo una tentativa para socorrer á aquellos valientes, que con tanto brillo sostenian la honra de nuestras armas,

y asi pasó el Bidasoa y atacó la altura de San Marcial, custodiada por el ejército español y dos divisiones inglesas. No otro fué el éxito de este combate que el de todos los dados á los ingleses en posiciones defensivas: les hicimos sufrir pérdidas iguales ó superiores á las nuestras, merced á la inteligencia de nuestros soldados; pero nos hallamos en la necesidad de volver á pasar el Bidasoa, crecido con las lluvias, y el 8 de setiembre vimos sucumbir á la guarnicion de San Sebastian, despues de una de las mas hermosas defensas de que hace mencion la historia. Felizmente para nosotros, con el sitio de Pamplona quedaba á lord Wellington una razon bastante para no penetrar en Francia, al menos por entonces. Reducido el mariscal de setenta mil á poco mas de cincuenta mil hombres, tomó posicion junto al Nive en torno de San Juan de Pie de Puerto hácia la izquierda, y delante del Nive, á lo largo del Bidasoa, cuyas márgenes ocupaba, hácia la derecha. Estando su izquierda en un valle, su centro y su derecha en otro, quedaba un resalto que ofrecia algun peligro. Para evitarlo habria tenido que abandonar una porcion de territorio francés, y naturalmente se le habia de hacer cuesta arriba tomar una resolucion semejante.

De esta suerte se habian empleado el verano y el principio del otoño junto al Bidasoa. Por su parte el mariscal Suchet, al saber el desastre de Vitoria, abrazó muy á su pesar el doloroso partido de evacuar el reino de Valencia. Seguramente no se debia renovar ahora la falta cometida en Danzick, Stettin, Hamburgo, Magdeburgo y Dresde, sino mas bien renunciar á la posesion de las pla-

zas mas importantes, por no dejar detrás guarniciones privadas de todo socorro, y cuya ausencia reducía mucho el efectivo de nuestras tropas. Mas las reiteradas órdenes del ministro de la Guerra, fundadas en la importancia que se daba á guardar las costas del Mediterráneo, excitaron al mariscal á poner guarniciones en la mayor parte de las plazas. Asi dejó mil doscientos hombres en Murviedro, cuatrocientos en cada uno de los castillos de Denia, Peñíscola y Morella, cuatro mil en Tortosa, mil en Mequinenza, cuatro mil en Lérida y otros tantos en Tarragona, con dinero, víveres, municiones, buenos gefes, y en suma, con cuanto podian necesitar para defenderse durante un año. Despues de privarse de estos destacamentos volvió á entrar en Aragon solamente á la cabeza de veinte y cinco mil hombres, pero soberbios á todas luces, bien vestidos, bien alimentados, y muy echados de menos en todas aquellas poblaciones, á las cuales habian protegido contra los desórdenes de la guerra. Al pronto quiso el mariscal Suchet replegarse sobre Zaragoza, pero habiéndose apoderado de ella el general Mina, á la partida de Clausel, se vió forzado á ir á Barcelona, y á abandonar á Aragon para defender á Cataluña contra el ejército anglo-siciliano, que no ascendía á menos de cincuenta mil hombres. Considerando que no se hallaba la guarnicion de Tarragona en aptitud de defenderse, por un momento volvió á tomar la ofensiva, embistió al ejército enemigo, llegó á Tarragona, voló sus obras y se llevó la guarnicion, de modo que ya no dejaba detrás sino las de Murviedro, Tortosa, Mequinenza, Lérida, Peñíscola, Morella y Denia. ¡Harto era para el estado de los asuntos en Euro-

pa! No queriendo consentir que el enemigo tomara demasiado ascendiente, le volvió á acometer en el Col de Ordal, y en uno de los mas brillantes combates, obligó á los ingleses á que se retirasen hácia la playa.

Por consiguiente los sucesos del verano y del otoño fueron algo menos aflictivos en esta parte de la Península que en la otra, pero evacuando allí las plazas, como se debió hacer en otras partes, se hubiera podido juntar un ejército excelente lo menos de cuarenta mil hombres, no falto de nada, guiado por un gefe que le infundía confianza absoluta, y con tales requisitos cooperara á defender victoriosamente nuestras fronteras. Por desgracia, asi en el Mediodía como en el Norte, la vana esperanza de recuperar pronto una grandeza quimérica habia adulterado el buen seso de Napoleon y disminuido para la defensa del territorio nacional los recursos que hubieran ayudado poderosamente á salvarlo.

En acecho de nuevas combinaciones hubiera querido el mariscal Soult servirse del ejército de Suchet para intentar contra lord Wellington algo de importancia; ora deseara que, atravesando Cataluña y Aragon fuera á unirsele el mariscal Suchet por Lérida, Zaragoza, Tudela y Pamplona con cerca de veinte y cinco mil hombres; ora que, repasando los Pirineos y dando la inmensa vuelta de Perpiñan, Tolosa y Bayona, se le juntara para desembocar en masa contra los ingleses. Con el primero de estos planes se exponía al mariscal Suchet al peligro de ejecutar una marcha de mas de cien leguas entre el ejército anglo-siciliano, de setenta mil hombres con los catalanes, y el de lord We-